VALERIANO LEÓN

MUÑECOS AUTOMÁTICOS

Apunte de comedia en medio acto,

original

Copyright, bi Valeriano León, 1915

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1915

Archivo Teatral
MILLÁ
San Pablo 21-BARCELONA

A mi querido amigo
antiguo compañero
[redacted]
Fabriano Levi

MUÑECOS AUTOMÁTICOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de introducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito qne marca la ley.

Por derechos de representación, los que corresponden a un entremés.

MUÑECOS AUTOMÁTICOS

APUNTE DE COMEDIA

EN MEDIO ACTO, EN PROSA

ORIGINAL DE

VALERIANO LEÓN

Estrenado en el TEATRO RUZAFA de Valencia

la noche del 24 de Febrero de 1915

VALENCIA.—1915

Talleres de Imprimir Sucs. de Emilio Pascual

Pizarro, 19

A la **Empresa Teatral Moderna**

con todo mi afecto,

VALERIANO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
COLOMBINA.	Srta. Consuelo Hidalgo
CANUTA.	» María F. Climent
PIERROT.	D. Juan Frontera
DOROTEO.	» Valeriano León

Son cuatro muñecos automáticos. Colombina, muñeca fina, viste lujoso vestido de raso blanco con botones negros; Pierrot lo mismo.

Canuta, muñeca bastota, vestida de nodriza con propiedad, y Doroteo de soldado, francés con botas muy grandes, sin tacones, y puntera ancha: el pantalón ajustado y corto: hablan los cuatro pausadamente, y sus ademanes serán como los de las personas, pero marcando en ellos cierto mecanismo, y accionando poco y lentamente.

Derecha e izquierda del actor.

Antes de nada he de hacer eonstar mi agradeciniento a los artistas que interpretaron esta mi modesta producción, pues a ellos se debe por entero el éxito que obtuvo.

Un abrazo de vuestro compañero

El Autor.

Teatral
MILLÁ
San Pablo 21-BARCELONA

ACTO ÚNICO

CUADRO ÚNICO

La escena es un gabinete elegantemente amueblado: puertas en primero y segundo término de la izquierda y una más amplia en el foro: pocos muebles pero elegantes: es de día. Mucha luz.
Al levantarse el telón aparece COLOMBINA llorosa.

COLO. ¡Qué martirio!... ¿Por qué no viene mi Pierrot?... ¡Yo quiero que venga!... ¡Su tardanza me desespera!... ¡Qué crueldad la de sus amos!... ¿Por qué no juegan hoy?... ¿Pasará algo?... ¡Su ausencia es mi tormento!... ¡No vivo si no escucho sus amores!... ¡Ven, mi Pierrot! ¡ven, que te espero! ¿no vienes?

(Aparece CANUTA por la segunda izquierda: habla marcado acento gallego).

CANU. (Lloriqueando). ¡Señorita!
COLO. ¿Qué es eso? ¿por qué lloras?
CANU. ¡Porque no voy a ver hoy a mi soldadiño!
COLO. ¿Qué dices?... ¿no bajará?...
CANU. No, señorita.
COLO. ¿Entoces, mi Pierrot?
CANU. Tampoco.
COLO. No te entiendo; habla, no me impacientes.

CANU. Verá usted El señorito Ricardo, el amo de nuestros novios, tiene muchos celos de ese señor que viene a jugar a casa.

COLO. ¿Quién?

CANU. Ese tío que trae el mono montado en el automóvil.

COLO. ¡Ah, sí! Ya se quién es.

CANU. Bueno; pues está enamorado de la señorita Aurora; es muy pegajoso, siempre la está requebrando y la regala flores todos los días: además, le regaló a mi novio.

COLO. ¿Al soldado?

CANU. Sí; pero el señorito Ricardo hizo que lo rechazase, que esa ha sido mi desgracia.

COLO. Calla, tonta; cuanto más lejos le tengas, más has de quererle.

CANU. Pero me expongo a perderle, porque su amo, de rabia que le dió cuando se lo devolvieron, lo tiró contra el suelo; por eso tiene abollada la nariz.

COLO. Es que es chato, mujer.

CANU. No, señorita; eso de la nariz es un bollo del otro día.

COLO. Es igual; sigue.

CANU. Pues me temo que cualquier día lo rompa o lo regale, y entonces, ¿qué hago yo sin mi soldadiño? (Llora).

COLO. ¡Encontrarías otro! No llores, y acaba de contarme...

CANU. Que con motivo de los celos han reñido y no baja el señorito a jugar con su novia.

COLO. ¿Qué dices? ¿Y yo me quedo hoy sin mi Pierrot?

CANU. ¡Claro!

COLO. ¡Eso no puede ser, es una infamia! ¡Me muero de pesar! (Llora).

CANU. ¿No me decía que no llorarara?

COLO. ¡No es lo mismo; el tuyo es diferente, no le quieres como yo! ¡Es mi primer amor! .. ¡Mi único amor!

CANU. La culpa la tiene la coqueta de la señorita.

COLO. ¿Y admitirá los galanteos del amo del mono del automóvil?

CANU. ¿Que si los admite? Antes de venir yo aquí los he visto bien acaramelados.

COLO. ¿Pero ha venido ya?

CANU. Anda, hace un buen rato.

COLO. ¿Y el señorito Ricardo, lo sabe?

CANU. Como que les ve desde la ventana del patio.

COLO. ¿Y no baja a impedirlo? ¡Qué sangre de horchata!... ¡Yo podía hacer eso con mi Pierrot!... ¡Me mataba!

(Pierrot ha salido un momento antes y ha escuchado las últimas palabras de Colombina, cruzado de brazos y radiante de satisfacción, se acerca de puntillas; cuando ella termina, pone las manos sobre sus ojos, y dice:)

PIERR. ¡Siempre fueron de Pierrots y Colombinas, historias de amores tristes; tragedias de celos!... ¡tañir de campanas!... La Colombina, prototipo de belleza y coquetería, desaparece para hacer paso a una nueva Colombina más bella aún, pero buena, inmaculada, que adora a su Pierrot y odia a las mujeres malas... Pierrot ríe contento; son los dos de una nueva creación más venturosa... ellos no sufren... disfrutan de un

amor blanco... ya no harán extremecer más tumbas... Mírame, Colombina, (Quita las manos de los ojos de Colombina) que yo vea a través de tus ojos negros como la noche, un alma blanca como el día!... ¡como la nieve, blanca!... Somos otros, pero los mismos queriendo; no sufrimos, ¿verdad, Colombina? Parecemos muñecos.

CANU. Lo que son.

COLO. ¿Tú qué entiendes de esto?

PIERR. Dices bien; ¡ella qué entiende!

COLO. ¡Mi Pierrot!

PIERR. ¡Mi Colombina!

COLO. ¿Me quieres?

PIERR. ¡Muero por tu amor!

COLO. ¿Cómo has podido bajar?

PIERR. ¡Ah! los celos siempre malditos; pero para nosotros en esta ocasión benditos celos, son los que han obrado el milagro, hirvieron la sangre del señorito y le instaron a vengar su honor ultrajado. Mientras deciden lo que sea, aquí me tienes con todo mi querer.

CANU. ¿Y mi soldado?

PIERR. Lo ha dejado en casa; ¡está medio roto!

CANU. ¿Lo ve usted? ¡Soy muy desgraciada!...

PIERR. ¡Pobre, todos los golpes van a parar a él!...

CANU. Como siempre; igual que a mí. Recuerdo un refrán que escuché cuando me estaban haciendo: «La cuerda siempre se rompe por lo más delgado.» ¡Es verdad!

COLO. Tu novio también es muy perverso; se burla de todo, siempre ríe, hasta cuando le regañan. Y eso no debe ser.

CANU. Pero si es así su cara... ¿él qué culpa tiene?

PIERR. De todos modos, no es tan grande su desgracia. ¡Cuántas veces me cambiaría por él, que no siente ni padece! Le tiran contra el suelo... ¡como si nó! Le dejan sin poder jugar con su novia, lo mismo. Es una verdadera delicia.

CANU. ¿De modo que no se ha quedado triste?

PIERR. No me ha parecido.

CANU. ¿Se quedó contento?... ¿riendo? ¡Infame!

COLO. Pero mujer, ¿no dices que es así su cara?

CANU. ¡Es verdad! Si no tenemos derecho a quejarnos... No podemos quejarnos... Todo ha de parecernos bien... Han de ser nuestros sentimientos de serrín... (Llora cómicamente).

COLO. ¡Pobrecilla!

PIERR. ¡Llora su amor! También los pobres lo sienten: es en lo único que se nos ha igualado.

COLO. En lo más grande, pues.

PIERR. ¿Verdad, Colombina?

COLO. A mí eso me parece.

PIERR. Salgamos juntos de aquí. Ya sabes cuánto me agrada la soledad.

COLO. ¿La prefieres a estar conmigo? (Con ingenuo resentimiento).

PIERR. Tú y yo somos dos almas fundidas en una sola. (Colombina se entrega a las caricias de Pierrot, y dice amorosamente a Canuta:)

COLO. Siéntate y espera a tu amor que vendrá. (A Pierrot). ¡Vamos, si quieres!

(Pierrot pasa uno de sus brazos por la cintura de Colombina, y hablan indicando el mutis lentísimo para que coincida con la última palabra).

PIERR. ¡Mírame, Colombina... que yo vea a través

de tus ojos negros como la noche, un alma blanca como el día!

COLO. (Extasiada). ¡Qué bonito canta amores!

PIERR. ¡Muñequita,
del jardín de mis amores
florecita!...

COLO. Pero, ¿tú tienes un jardín amoroso?

PIERR. Sí, en la imaginación, como todos.

COLO. Y ese jardín ¿tendrá muchas flores? ¿Y bonitas?...

PIERR. Quizá; mas yo he posado mi pensamiento sólo en una, y a ella le canto...
¡Muñequita,
florecita del jardín de mis amores,
qué bonitos tus colores,
Muñequita!...

(Mutis por la primera izquierda. Queda en escena Canuta, que llora, y es interrumpida a poco por Doroteo que canta).

CANU. ¡Cómo se arrullan los palomos... mientras que yo... aquí sola! ¡Ellos son muñecos ricos!... ¡Negra suerte la mía!...

(Doroteo dentro cantando, con música del «Polichinela»).

DORO. Ca-ta-ca-ta-púm,
ca-ta-púm, cata-pera,
es muy cochina
la cocinera.
Ca-ta-ca-ta-púm,
ca-ta-púm, ca-ta-púm,
y tiene un marido
que es como un atún.

(Mientras canta Doroteo, dice Canuta con alegría:)

CANU. ¡Por fin, ya está aquí!

DORO. (Aparece en la puerta del foro y se cuadra militarmente).

(De la presentación de este muñeco depende en gran parte

el éxito de esta obrita: cuídese por lo tanto). ¡Mi generala! ¡Canuta!...

(Este personaje es de los cuatro el que más se aproxima en sus movimientos a los de los muñecos auténticos).

CANU. ¡Doroteo de las mis entrañas!...

DORO. (Furioso). Ya te he dicho que no quiero que me llames Doroteo; ese nombre no cuadra bien en un general.

CANU. Si tú no lo eres.

DORO. Pero lo seré; y ya ves, el general Doroteo que manda las fuerzas de... ¡no, no quiero!

CANU. ¿No quieres mandar?

DORO. Eso, sí; digo el nombre... Mira, llámame Doro, na más.

CANU. Como gustes; de todos modos yo te quiero.

DORO. Que es de lo que se trata. Dime tea... doro, a ver cómo suena.

CANU. ¿En qué quedamos?

DORO. Si es un piropo.

CANU. ¡Ah, ya! ¡Te adoro, Doro!

DORO. ¿Ves qué bien suena el duro, digo, el Doro?

CANU. ¡Qué enfadada estaba contigo! Díjome el Pierrot que te quedaste tan contento.

DORO. Pero, ¿qué iba a hacer? ¿llorar como él? yo no puedo: y pué ser que te quiera más, y sinó a las pruebas me agarro.

CANU. (La coge de donde pueda). ¡Lo sé!

DORO. A ver, ¿yo te respeto, si, ú no?

CANU. ¡Siempre!

DORO. Y eso que tú estás en otras condiciones que su novia. ¡Ya has tenío un hijo!

CANU. Pero ha sido por venir a criar a Madrid.

DORO. Pero lo has tenío.

CANU. Como sinó.

DORO. Pus el padre no dirá lo mismo.

CANU. Casi no me conoce; le dimos un dinero...

DORO. ¡Mecachis!... ¡Hasta en tu pueblo hay sinvergüenzas!... ¡Prestarse pa una cosa así!

CANU. ¿Y cómo has podido bajar?

DORO. Muy fácilmente: ha subío el chico de la carpintería con las astillas, y apenas que le vide, me arrimé a él pa que me guipara, porque ya le tengo diquelao de que le gusto la mar: efetivamente, salió lo que pensé; el gachó, aprovechando un descuido, me echó mano y me metió en la espuerta que ya había vacío.

CANU. ¿Un robo?

DORO. Con allanamiento de cocina, abuso de obligación y toas las atenuantes.

CANU. ¿Y después?

DORO. Como yo tenía bastante cuerda, al llegar a tu puerta, que estaba abierta, salí de estampía, y aquí me tienes.

CANU. (Muy melosa). ¡Luceriño!

DORO. ¡Talego!

CANU. ¿Encuéntraste bien?

DORO. ¡Devinamente! Esto de la nariz es un bollo que no tié importancia; algunas veces se me sale un poco de serrín, por eso las señoritas me llaman mocoso; y la asaúra de la doncella dice que el serrín es de la cabeza.

CANU. ¡Qué mona!

DORO. Te alvierto que un día la doy una patá que

deja de ser doncella... la inutilizo pa el servicio doméstico.

CANU. No la hagas caso.

DORO. Es que me tié mu quemao.

CANU. ¿Por qué no bajas más a menudo?

DORO. Porque no me dejan tiempo en tóo el día ni de rascarme; no te digo más si no que me tengo que rascar cuando me acuesto. Ahora les ha dao por jugar al toro con el borrego que le trajeron los reyes al señorito pequeño; le han puesto unos cuernos mu afilaos que no sé de quién serán, y el salón de las grandes fiestas lo han convertío en plaza.

CANU. ¿Cómo?

DORO. Con los divanes han hecho una circunferencia que es el redondel: me meten allí dentro y sueltan al borrego, que arrea ca golpe... esta mañana ma dao una cornáa...

CANU. ¿Dónde?

DORO. En el redondel: debe de haberme hecho un roto.

CANU. Y ya van dos.

DORO. Como que voy a acabar en colador, lo estoy viendo.

CANU. Defiéndete.

DORO. ¿Cómo?

CANU. Toreando.

DORO ¿A cuerpo limpio? No me dejan ni un mal trapo: un día, verás; toreo con una escoba.

CANU. ¡Pobriño!

DORO. ¿Pues, y ayer? Me cogieron del suelo como un guiñapo, y dice uno, a la enfermería; y van y me tiran contra el techo del armario

que como no tiene tabla caí dentro; ¿tú te piensas que pude quedarme allí?, pues no señor, porque un tío con unos bigotes a lo *Keyser* devolvió la pelota.

CANU. ¿Quién era?

DORO. Yo qué sé, uno que estaba escondío.

CANU. ¿Algún ladrón?

DORO. Seguro, pero no de *ojetos;* vete tú a saber: te digo que lo peor que se·pué ser en el mundo es muñeco.

CANU. Ya puedes decirlo.

DORO. Si lo sabré yo, que hasta el chico pequeño me pincha con alfileres pa que baile la furlana.

CANU. ¿Quién es la *fulana* esa? ¿algún pingo?

DORO. Qué taruga eres, Canuta; la furlana es el baile más moral que sa inventao.

CANU. ¿Cómo es?

DORO. Como tóos los bailes de mujer y hombre.

CANU. ¡Entonces!...

DORO. Pero es mu moral: lo bailan en los cines y en los *musi-koles*. Oye, ¿y Pierrot, por dónde anda?

CANU. Por ahí con su novia. ¡Esos sí que son felices!

DORO. No les envidies que el mejor día les dan un disgusto. Yo veo mu malas caras por allá arriba; no miran bien esos amores.

CANU. Son muy descaradiños; siempre andan ocultándose de todos.

DORO. Muy frescos es lo que son. ¿Pa qué se esconden? ¡porque nosoíros es mu diferente; tú no estás como ella!

CANU. ¡No digas!...

DORO. ¡Cállate, Canuta! (Le da un cachete cariñoso).

CANU. A veces, eres atrevidiño.

DORO. ¡De lo que te quiero!... Oye, vámonos pa la cocina a jugar, ¿quieres?

CANU. ¿Por qué no jugamos aquí?

DORO. ¡Nos ven! Anda, nos metemos en la carbonera y que nos busquen.

CANU. Siempre has de salirte con la tuya, ¡ladronciño!

DORO. ¡Asesina! ¡dame un bofetón! (Se inclina hacia ella)

CANU. No, que *se te* sale el serrín.

DORO. No te importa; anda, Canuta, ¡gallega!...

CANU. ¡Chulu!...

DORO. ¡Tu madre! ¡cacho negra!... (Suena una bocina de automóvil, pero no ha de hacer mucho ruído, pues es de juguete). ¡Maldita sea! ¡ya está ahí el mono del automóvil! ¡Ten cuidao, que si nos ve, nos atropella, porque me tié mucha tirria!

CANU. Yendo conmigo, no temas. (Con coquetería).

DORO. Óye, ¿qué dices?

CANU. ¡Nada!

DORO. ¡Lo que yo me temía!... ¡maldita sea mi sangre! ¡es que... te doy una patá!... (Alza una pierna y se queda con ella en el aire, mientras dice muy lentamente): Se *ma caba* la cu... er...

CANU. Si no me pegas luego, te daré... (Indica darle cuerda por un costado: desde la concha se producirá el ruído que la imite).

DORO. (Hablando paulatinamente). ¡Ma... mal... di... ta sea mi sa... gre!...

CANU. ¡Loquiño! ¿A quién quiero yo? (En este momento cruza por la puerta del foro un automóvil de juguete, pero muy grande, y lleva montado un mono sobre el motor. Doroteo, ya con toda la cuerda, quiere salir detrás de él, pero le detiene Canuta).

DORO. ¡Maldita sea mi sangre!... ¡déjame, que le doy una patá que le descompongo el motor!

CANU. ¡Doroteo!...

DORO. (Irritadísimo). ¡Que me llames Doro, te he dicho!

CANU. ¡Doriño mío! (Acariciándole).

DORO. ¡Así sois todas!... (Despreciándola).

CANU. Te juro que soy tuya solamente.

DORO. ¿No me engañas?

CANU. ¡Te lo juro!

DORO. Dame el bofetón.

CANU. Después he de dártelo.

DORO. Anda pa la cocina. (Indican el mutis).

CANU. ¿Dónde has echao el gorro?

DORO. Qué sé yo; anda pa la cocina.

CANU. ¡Entrañas! (Mutis segunda izquierda).

DORO. (Detrás de ella). ¡Tu madre!... ¡Qué bocao te voy a dar en la carbonera!... (Queda la escena sola durante un momento: transcurrido éste, Colombina, llorando, quedamente entra y se sienta en una silla del primer término derecha. Pierrot viene detrás de ella cruzado de brazos y se sienta en el primer término izquierda. Colombina se tapa la cara con las manos. Pausa.)

PIERR. ¿Qué dices tú, Colombina? ¿no contestas?... Herma... ¡Me resisto a pronunciar esa palabra!

COLO. Pues hay que pronunciarla. (Esta escena la dirán

bajito: únicamente Pierrot subirá de tono alguna vez, pero al darse cuenta cederá).

PIERR. ¿Cómo nos hicimos ilusiones de un amor venturoso? (Recordando lo que dijo a su salida). Siempre fueron de pierrots y Colombinas historias de amores tristes!... ¡Es verdad! .. ¡Tristes! ¡Celos! ¡Siempre celos!

COLO. ¿De qué ahora?

PIERR. Con más razón que antes.

COLO. ¡Me horrorizas!... ¡Calla!...

PIERR. ¿Tú también? Pues alza los ojos y mira al cielo, que puedes mirar. Quien nos hizo y nos separó, es quien debe bajarlos.

COLO. ¡Quizá una desgracia!

PIERR. Nunca tan grande como la nuestra. ¡No llores!

COLO. ¡Cruel suplicio!

PIERR. ¡Suplicio de los suplicios!

COLO. ¡Ya no seremos felices nunca!... ¡nunca!... (Pausa).

PIERR. (Ensimismado).

¡Muñequita,
del jardín de mis amores
florecita!...
¡No despiertes,
si despiertas te marchitas
florecita!...

COLO. ¿Lloras?

PIERR. ¿Yo? Si una lágrima osara asomarse a mis ojos, la estrangularía con los párpados antes de dejarla rodar por mis mejillas... ¡Hoy no lloro, mañana lloraré el amor que pierdo!

COLO. ¡Lloremos juntos, hermano mío!... Son nuestros amores que mueren.

PIERR. ¡Sí, pero en nuestros brazos! (Se abrazan. Pausa. Doroteo se asoma con precaución seguido de Canuta; los contemplan silenciosos, y pasado un momento dice):

DORO. ¡Chicos, la que habéis armao! ¿Pero eso es verdad?

PIERR. ¡Cuando ellos lo dicen!...

CANU. ¿Y todavía se abrazan?

PIERR. ¿No puedo abrazar a mi hermana? (Impetuoso)

CANU. ¡Pero!...

DORO. ¡Cállate, Canuta! Chico, a mí me extraña, porque no érais del mismo bazar.

PIERR. Pero sí del mismo fabricante.

DORO. ¿Y eso cómo se sabe?

PIERR. Por las etiquetas de la fábrica.

CANU. ¿Dónde las tenemos?

DORO. ¡Cállate, Canuta!

CANU. Ahora que caigo: vamos a mirarnos las nuestras, no sea que el diablo...

DORO. Yo no tengo, soy de estrangis; sólo sé que me vendieron en la feria.

CANU. Pues estoy segura que yo sí tengo.

DORO. Entonces nos podemos enconder en la carbonera.

CANU. No me abochornes.

PIERR. ¿Veis como vosotros sois más felices?

DORO. Ahora sí, chico, la verdá; porque eso que os pasa es mu serio.

CANU. Como que si es a mí, no sé lo que haría.

DORO. ¡Cállate, Canuta!

PIERR. ¿Y por qué? ¿somos, acaso, culpables de

algo? Hay alguien que debe guiar nuestros pasos, y si todo lo puede, que evite poner frente a frente a dos hermanos que se ignoran, para luego no tenerles que reprochar nada.

DORO. (Aparte a Canuta). Este tiene peores intenciones que el borrego.

PIERR. Así, dos vidas rotas.

DORO. Como que nosotros no nos morimos; nos rompemos.

PIERR. Y lo peor es que ¿quién nos arranca del pecho este querer que, muy santo y todo, es muy distinto al que se puede y deben tener dos hermanos?...

CANU. ¡Qué descaro! (A Doroteo).

DORO. (A Canuta). ¡Cállate, Canuta!

PIERR. ¿Es fácil poder ser eso?

DORO. (A Canuta). Este caminaba con malas intenciones.

PIERR. (Resueltamente coge de las manos a Colombina, y dice, altanero): Y tú, mira al cielo.

CANU. (Aparte). ¡Está loco!...

PIERR. ¡Que vean a través de tus ojos negros como la noche, un alma blanca como el día; como la nieve, blanca!...

DORO. Pero, oye...

PIERR. Si hubiera sido otra cosa que hermana, también la haría mirar, porque debe mirar; porque sería pecadora sin pecado.

(A todos los personajes, excepto Canuta, se les va acabando la cuerda; de modo que hablarán desde este momento con mayor lentitud hasta el final).

COLO. ¡Conformémonos, Pierrot!

PIERR. Sí, Colombina; pero es que quisiera ser de los antiguos Pierrots, que doblaban por su alma las campanas... mataba a su Colombina porque era suya y se... la qui... ta... ban... a mí me qui... tan la mía, y no puedo matar... la... he de querer... la.

COLO. ¡Pierrot!

PIERR. (Abrazándose a ella). ¡Colombi!... (Quedan sin cuerda y por lo tanto en la actitud que les haya sorprendido).

DORO. ¡Pero si no ha pasao na!...

CANU. ¡Porque quien puede evitarlo, lo ha evitado! ¿Ves como hay providencia? (Esto lo habrá dicho muy deprisa).

DORO. ¡Cuánta cuerda tienes, Canuta!

CANU. No creas que mucha... Pero estoy contenta. ¡Me había dado un susto ese borricote! (Por Pierrot).

DORO. Oye, ¿quién dices que ha evitado la hecatombe?

CANU. ¡Quien puede!

DORO. ¿Cómo le llaman?

CANU. ¡Todopoderoso!

DORO. ¿No tiene apodo?

CANU. No, señor; es muy bueno y está en todas partes.

DORO. ¡Pues si en ese momento está en el cine y se distrae!... (Cantando). Cata-catapum, catapum. Escucha, Canuta.

CANU. ¿Qué quieres?

DORO. Me queda mu poca cuerda y no puedo... ¿me entien... des?

CANU. Sí, hombre.

DORO. Discúlpanos.

CANU. Ahora verás. (Se acerca a la batería).
DORO. No vayas a decir una bu... (Queda sin cuerda).
CANU. (Al público).

No pretendo una palmada
cuando descienda el telón;
pero sí vuestro perdón
a esta inocente niñada.

TELON

JUICIO DE LA PRENSA

Por primera y única vez me permito la presunción de insertar los juicios que ha merecido esta insignificante producción, de la prensa diaria de Valencia.

«*El Mercantil Valenciano.*—RUZAFA.—«**Muñecos automáticos**».—El joven Valeriano León nos ofreció anoche las primicias de su ingenio. Y hay que decir que la pequeña comedia es un lindo cuento en acción. Aparte del buen gusto literario que demuestra el autor, es de notar la facilidad con que está dialogada la fábula, mérito grande en quien ha de desposeerse, por la índole de su oficio, de pensar por cuenta propia.

Las reminiscencias de otras obras no existen en esta pequeña comedia, ni hay en ella esos recursos de que echan mano los actores *metidos* a escribir para asegurar el éxito. Tiene, pues, la obrita de León (don Valeriano) cierta originalidad, y demuestra el pollo una sana educación literaria al presentarnos a Pierrot y Colombina,

llorando una vez más sus amores, en prosa delicada y tierna, reveladora de un temperamento artístico, exento de las impurezas y de las chabacanerías utilizadas a destajo hoy en el teatro como principal elemento de triunfo.

En contraste a este amor apacible y espiritual, surge el amor atrabiliario del soldado francés y de la niñera.

En este reverso demuestra el joven Valeriano su habilidad y su gracia para llevar de una situación a otra al espectador sin brusquedades ni falsos procedimientos. Es ésta una escena muy alegre, y sobre todo muy adaptada a la *vida* de los muñecos de juguete.

La pequeña comedia es, como dije, un lindo cuento en acción. Tiene, pues, el inconveniente de ser más propia para leída que para representada; pero demuestra que el joven autor tiene talento para llevar al teatro asuntos de más tangible realidad. Si sus aficiones van por esos cauces, busque en la vida su fuente de inspiración, que a buen seguro encontrará en los muñecos de carne y hueso otros amores y otros problemas de risa y de llanto donde explayar sus aptitudes.

Muy bien la interpretación. Hizo Consuelito Hidalgo una Colombina preciosa y estuvo muy acertada en la dicción y en el ademán. También la señorita María F. Climent estuvo muy bien en la gallega.

Frontera dijo con justa entonación su papel y Valeriano estuvo graciosísimo en el soldado francés.

El público les aplaudió a todos; hizo salir en un mutis a Valeriano y a la Srta. Climent, y al final llamó varias veces al autor, emocionándose el pollo Valeriano ante aquellos primeros aplausos a su labor literaria.

Mi voto en pro.—*Quintana.*»

«*Las Provincias.*—RUZAFA.—**Estreno de «Muñecos automáticos».**—Valeriano León, el saladísimo tenor cómico, que viene actuando en este teatro con general aplauso, se nos ha revelado bajo una nueva fase: la de autor. El título de *Muñecos automáticos* parecía indicar que presenciaríamos un juguetito de tres al cuarto, escrito con el único fin de

distraer al público, al estilo de los *Reyes del trimestre*, que, burla, burlando, nos colocan *camelos* en tres actos, que a ellos les valen buenos cuartos, aunque el arte escénico quede malparado. Pero no ha sucedido así; Valeriano León, que modestamente titula a *Muñecos automáticos*, «apunte de comedia en medio acto», ha escrito una obrita de verdadero mérito.

Se trata de los amores de cuatro muñecos automáticos: «Pierrot» y «Colombina», y «Canuto» y «Dorotea»; estos últimos, soldado y ama de cría. Pero ¡oh dolor! El amor de «Colombina» y «Pierrot» es imposible; son hermanos construídos en la misma fábrica, y por ello les impide amarse, no ocurriendo lo mismo con el *sorche* y el ama de cría, pues el uno pertenece a la industria extranjera y la otra a la nacional. Con tan trivial asunto, ha sabido hacer Valeriano León una verdadera comedia, de diálogo muy fluído, llena de imágenes hermosas y de ideas elevadas, que el público aplaudió. Completa la obra otro diálogo de gran fuerza cómica, entre el soldado y el ama, si bien algunos chistes pecan de sobrado crudo.

La salida de Valeriano fué un éxito, pues presentóse admirablemente caracterizado, sin omitir detalle: hasta las narices destrozadas a causa de un batacazo, y por donde se le sale el serrín de que está relleno, según dice. Compartieron los aplausos Consuelito Hidalgo, María F. Climent y Juan Frontera. Al final compareció el autor e intérpretes.»

El Pueblo.—RUZAFA.—«**Muñecos automáticos.**»—Apunte de comedia, en medio acto, denomina su autor al bello cuadrito estrenado anoche con lisonjero éxito; y, en efecto, es un esbozo de comedia para desarrollado por dramaturgo de altos vuelos, pues no parecería lícito adular a un artista de tantos merecimientos como Valeriano León, fingiendo admiraciones que él sería el primero en rechazar.

En «Muñecos automáticos» está tratada la nota sentimental, sin apelar a lirismos cursis, con discreción y sobriedad, y la cómica con ingenua picardía, graciosamente,

revelando un perfecto conocimiento del teatro, sobre todo en el arte de mover las figuras.

Valeriano León consiguió un doble éxito, como autor, por los seguros y felices trazos del «apunte»; como actor, porque acertó a componer un tipo caricaturesco, con ingenio nada común, deliciosamente caracterizado: aquel soldadito, cuya naríz no era si no un proyecto de naríz, de orejas paquidérmicas y desmayadas jarreteras, produjo la hilaridad del público, que ovacionó al autor y al artista, obligando a levantar tres veces el telón al terminar «Muñecos automáticos».

Con el Sr. León compartieron los aplausos Consuelito Hidalgo, María F. Climent y Juan Frontera.—*S. A.*»

La Correspondencia.—RUZAFA.—Valeriano León, el actor cómico que derramaba abundante sal y vis cómica en la escena, presentóse anoche como autor, dando a conocer al público un juguete, titulado «**Muñecos automáticos**», y en el cual se entretiene placenteramente al respetable.

El joven Valeriano, en la muestra de su genio, que nos ofreció anoche, revelóse como un dialogador fácil y espontáneo, conocedor de los resortes escénicos, y puede y debe aspirar a más, pues quien escribe la escena primera de Pierrot y Colombina, tierna, pulida, delicada y emocionante, y luego da la nota cómica del ama de cría y el soldado, demuestra plenamente su suficiencia. Nosotros, esto no obstante, le reprochamos alguna frase, que más parece de mostaza que de sal ática, y, suprimiéndola, no perdería nada el juguete.

La interpretación excelente por parte de Consuelito Hidalgo, bellísima Colombina, y de María F. Climent, la que debe declamar menos y «amuñecarse» más, y de Frontera y el autor, que estuvieron felicísimos.

El público rió y aplaudió a los muñecos, y les dió cuerda para que salieran varias veces al proscenio.

La enhorabuena a Valeriano, y a acometer empresas de mayor empeño.

---

3 0112 115885854